



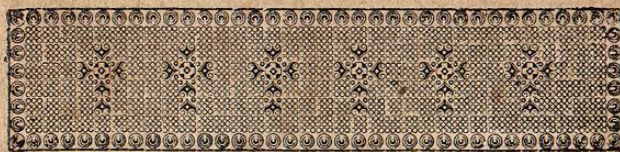
D 5110

G 3

V. 3



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



CAPÍTULO I.

VIAGE DE EGIPTO.

EL día 13 al mediodia, dice Chateaubriad, llegué á Jafa y tuve el desconsuelo de no hallar ningun buque en el puerto, y andaba dudoso si me iria á embarcar á San Juan de Acre, ó si haria el viage á Egipto por tierra: mas me hubiera agradado esto último; pero era imposible, pues cinco partidos armados se disputaban entónces la posesion del pais. Ibraim-Bey en el alto Egipto, otros dos beyes independientes, el bajá de la Puerta en el Cairo, una tropa de albaneses sublevados, Elfi-Bey en el bajo Egipto; y todos estos partidos infestaban lo caminos, y los árabes aprovechándose del desórden, acababan de cerrar todos los pasos.

011197

Pero la Providencia me favoreció, pues al otro día de mi llegada á Jafa, y cuando ya me disponia á partir para San Juan de Acre, entró en el puerto una saica, en la que me embarqué el día 16 para Alejandria. Tambien sentí mucho el separarme de los religiosos que aquí habia. Uno de ellos me dió cartas de recomendacion para España, pues luego que hubiese visto á Cartago, me proponia ver la Alhambra; de este modo aquellos religiosos que quedaban espuestos á mil peligros, pensaban aun en servirme al otro lado de los mares y en su misma patria.

Permanecí sobre el puente del buque todo el tiempo que pude descubrir las luces de Jafa, pues que mi embarque se verificó á las ocho de la noche. Confieso que sentia la mayor alegría pensando que acababa de cumplir una peregrinacion que tanto tiempo habia tenia pensada, y creia terminar pronto esta santa aventura, cuya parte mas peligrosa me parecia concluida. Cuando consideraba que habia andado casi solo el continente y los mares de Grecia, y que aun me hallaba solo en un barquichuelo en lo interior del Mediterraneo, despues de haber visto el Jordan, el mar Muerto y Jerusalem, me parecia mi vuelta por Egipto, Berberia y España, como la cosa mas fácil; pero me engañaba.

Me retiré á la cámara del capitan luego que perdimos de vista las luces de Jafa, saludando por la última vez las costas de la Tierra Santa; pero al amanecer del día siguiente aun las descubrimos delante de Gaza.

Mi navegacion desde Jafa á Alejandria duró solo cuatro dias, de manera, que en mi vida he hecho otra ni tan ligera ni tan agradable, pues el cielo estuvo siempre descubierto; el mar sosegado, y el viento favorable.

El día 17 y 18 atravesamos el golfo de Damietta, ciudad que viene casi á ocupar el sitio de la antigua Pelusio. Cuando un pais presenta grandes y numerosos recuerdos, la memoria para desahogarse de la multitud de cosas que la ocupan, se fija en una sola, y así me sucedió al pasar el golfo de Pelusio, pues me recordé desde los primeros hasta los últimos Faraones, y acabé por pensar solo en la muerte de Pompeyo, traidora y cobardemente asesinado en aquellos mismos parages, de órden de Ptolomeo.

El día 19, despues de haber estado otros dos sin ver tierra, descubrimos un promontorio bastante encumbrado, y se llama el cabo Brulos, que forma la punta mas septentrional del Delta. Ya advertí hablando del Gránico, que la ilusion de los nombres es cosa prodigiosa: el cabo Brulos no me ofrecia á la vista mas que un montecillo de arena; pero era la punta del cuarto continente, único que me quedaba por ver; era como un recodo del Egipto, origen de las ciencias, de las religiones y de las leyes, y ya no podia apartar los ojos de él. Al anoecer de aquel mismo día descubrimos á la parte del sudoeste algunas palmeras que parecian salir del mismo mar, pues no se veia tierra alguna. A la parte del Sur se percibia confusamente alguna cosa negruzca, con varios árboles entremedias, y estas eran

las ruinas de una aldea, triste indicacion de la suerte del Egipto.

El 20 á las cinco de la mañana noté sobre la trémula y verde superficie del agua, como una barra de espuma, y al otro lado una corriente mansa y como pálida. El capitán vino á decirme en lengua franca *Nilo*. Al instante entramos en aquellas famosas aguas de las que quise beber, y me parecieron saladas. Algunas palmeras y un minareto, nos indicaron que estábamos frente de Roseta; pero aun no se veía tierra alguna, pareciéndose en esto á las lagunas de las Floridas, siendo por lo tanto el aspecto de esta costa del todo diferente del de Grecia y del de Siria, recordándose el efecto de un horizonte bajo los Trópicos.

En fin, á las diez de la mañana descubrimos un rastro de arena que se extendía al oeste hasta el promontorio de Abukir, por delante del cual se tiene que pasar para llegar á Alejandría. Entónces nos hallábamos enfrente de la embocadura del Nilo, en Roseta, é íbamos á atravesar el Bogaz. El agua del rio tenia allí un color rojo que tiraba á morado, y comenzaba hacia tiempo á bajar de su grande avenida. Dirigiéndonos siempre al oeste, llegamos á la extremidad, donde desagua esta inmensa esclusa. La línea de las aguas del rio y la del mar no se confundian, y chocándose levantaban espumosas olas que mutuamente se servian como de orillas.

A las cinco de la tarde, la costa que siempre habíamos tenido á la izquierda, mudó de aspecto. Las palmeras parecian alineadas sobre la orilla como las arbo-

ledas de nuestros paseos: de este modo la naturaleza se complace en recordar las ideas de civilizacion en el pais donde esta tuvo su origen, y donde actualmente reinan la ignorancia y la miseria. Despues de haber doblado la punta de Abukir, nos fué poco á poco faltando el viento, y solo pudimos entrar de noche en el puerto de Alejandría: no quise saltar en tierra, y aguardé á que amaneciese sentado sobre el puente de nuestra saica.

De este modo tuve tiempo de abandonarme á mis reflexiones. A mi derecha divisaba algunos buques y el castillo que ocupa el lugar de la torre del Faro: á mi izquierda me parecia que el horizonte terminaba en colinas, ruinas y obeliscos que con la sombra de la noche apenas podia distinguir: enfrente de mí corría una línea negra de murallas y de casas apiñadas: no se veía en tierra mas que una sola luz, ni se oía ruido alguno. Sin embargo, allí estaba aquella Alejandría, rival de Memphis y de Thebas, que contenia tres millones de habitantes, que fué el santuario de las musas, y en donde en las tinieblas mismas de la noche resonaban los gritos de borrachera y desórden en las bacanales de Antonio y de Cleopatra. Pero en vano aplicaba yo el oido, un fatal talisman reducía al mas profundo silencio al pueblo de la nueva Alejandría: este talisman es el despotismo que ahoga toda alegría, y no permite ni siquiera las quejas del dolor. ¿Y qué ruido podria oirse en una ciudad, cuya tercera parte por lo ménos se halla desierta, la otra son sepulcros, y la última, que vive en medio de estos dos extremos como muertos, es una

especie de cadáver palpitante que no tiene fuerzas para mover sus cadenas entre ruinas y sepulcros?

El 20 á las ocho de la mañana la chalupa de la saica me llevó á tierra, y pasé al instante á la casa del cónsul francés, á quien debí la acogida de un verdadero y sincero amigo.

No tienen que esperar mis lectores el que dé aquí una descripción del Egipto. He hablado con alguna extension de las ruinas de Atenas, porque solo son bien conocidas de los aficionados á las nobles artes: he dado una exacta y detenida descripción de Jerusalem, porque este era el objeto principal de mi viage. ¿Pero qué podré decir del Egipto? ¿Y quién hay en el dia que no le conozca? El viage de Mr. Volney es una obra clásica en todo lo que no pertenece á la erudicion; y en cuanto á esta nada dejan que desear Sicard, Norden, Pococke, Shaw, Niebuhr, y algunos otros; los dibujos de Mr. Denon y las estampas publicadas por el instituto de Egipto, nos han presentado á la vista los monumentos de Thebas y Memphis: en fin, yo mismo he dicho cuanto tenia que decir sobre el Egipto, pues el libro de los Mártires en que hablo de esta antigua tierra, es el mas completo en punto á antigüedades, de toda la obra.

En tanto que se me proporcionaba embarcacion para pasar á Tunez, quise ver el Nilo y las pirámides, y para ello me embarqué en Roseta con otros dos franceses el dia 23, con direccion al Cairo. Salimos á la tardecita de Alejandria, llegamos aquella misma noche

al Bogaz de Roseta, y pasamos la barra sin accidente alguno. Al amanecer nos hallamos á la entrada del Nilo, que presentaba su mas hermoso aspecto, pues llenaba sus márgenes sin rebosarse, dejando ver espaciosa llanuras sembradas de arroz, y muchas palmeras que parecian columnas y pórticos. Pronto llegamos á Roseta, y vi por primera vez aquel magnífico Delta, al que para ser feliz solo le falta un buen gobierno.

Aquí se nos reunió un muy atento comerciante frances que quiso acompañarnos al Cairo. Tomamos una barca, y para mas seguridad hicimos nos acompañase un soldado albanés. Mr. de Choiseul describe muy bien á estos soldados de Alejandro, diciendo:

„Estos feroces albaneces serian aun héroes si los mandase un Scanderbeg, pero realmente no son mas que unos foragidos cuyo aspecto exterior manifiesta su ferocidad. Son altos, fornidos y ligeros: su ropa consiste en unos calzones muy anchos, en un tonelete pequeño, un chaleco guarnecido con muchas planchas, cadenas, y filas de gruesos botones de plata: llevan borceguies atados con correas que á veces suben hasta las rodillas para sujetar á la pierna unas planchas de metal que les sirven como de botas para montar á caballo. Llevan una especie de capa ó manto blanco galoneado y acuchillado de muchos colores, lo que hace el traje pintoresco, y no usan para cubrir la cabeza mas que un casquete encarnado que se lo quitan cuando entran en batalla.”

Los dos días que estuvimos en Roseta los empleamos en ver esta ciudad árabe, que es muy bonita con sus jardines y bosques de palmeras.

El 26 al mediodía entramos en la barca adonde había muchos pasajeros turcos y árabes, y comenzamos á subir por el Nilo. A nuestra izquierda se extendía hasta perderse de vista una hermosa vega toda verde, y á la derecha se veía la orilla del río muy bien cultivada; pero mas allá solo se descubrían los arenales del desierto. Varias palmeras desparramadas por aquellos campos manifestaban que allí había algunos lugares. Las casas de estos son de tierra, y se levantan sobre montecillos artificiales; precaución inútil, pues por lo comun no están habitadas. Una parte del Delta se halla enteramente despoblada, pues los albaneces esterminaron millares de aldeanos ó fellahs, y los demas se refugiaron al alto Egipto.

Habiendo tenido el viento contrario, tardamos siete días en subir desde Roseta al Cairo. Hubimos tambien de detenernos para que entrasen á bordo algunos albaneces, los cuales procediendo como furiosos, á todos amenazaban y apuntaban con sus escopetas, y como son medio musulmanes y medio cristianos, ya invocan á Mahoma, ya á la Virgen; sacaban un rosario del bolsillo, pronunciaban sucias palabras en mal frances, bebían vino sin cordura, tiraban escopetazos al aire, insultaban y maltrataban á todo el mundo. ¿Y es posible que estos bandidos albaneces, estos estúpidos musulmanes, estos fellahs tan cruelmente oprimi-

dos, habiten la misma tierra donde vivió un pueblo tan industrioso, tan sabio, y tan amigo de la paz cual el Egipto, segun nos lo representan Herodoto y Diodoro Sículo?

Pasamos por el canal de Menuf, lo que me impidió ver el hermoso bosque de palmeras que se halla junto al brazo occidental del río que toca con el desierto libico, infestado entónces por los árabes. Saliendo del canal de Menuf, y siguiendo agua arriba, descubrimos á nuestra izquierda la cumbre del monte Moggattam, y á nuestra derecha los altos arenales de Libia. En el espacio que quedaba entre las dos cordilleras de montes, descubrimos bien pronto las puntas de las pirámides, aunque aun estábamos á diez leguas de ellas. Durante nuestra navegacion, que aun fué de ocho horas, permanecí sobre el puente contemplando estos sepulcros que parecían crecer y subir hasta el cielo conforme nos íbamos acercando á ellos. El Nilo, que parecía entónces un mar pequeño; la oposicion de los arenales del desierto, y de las vegas tan verdes y deliciosas; las palmeras, los sicómoros, las cúpulas, las mezquitas y los minaretos del Cairo; las lejanas pirámides de Sacarah, de donde el río parecía salir como de un inmenso estanque, todo esto formaba un cuadro que no tiene igual en la tierra. „Pero por mucho que los hombres hagan, dice Bossuet, su pequeñez y miseria aparece en todo: estas pirámides eran sepulcros. Y aun sucedió que los reyes que las mandaron construir no fueron sepultados en ellas.”

Confieso que al ver las pirámides me quedé admirado; bien sé que algun filósofo llorará ó reirá al considerar que la mayor obra de mano de los hombres, es un sepulcro; ¿pero por qué no se ha de querer ver en la pirámide de Cheope mas que un monton de piedras y un esqueleto? El hombre no ha erigido este sepulcro movido de la idea de la nada, sino de la de su inmortalidad: este sepulcro no es el límite que indica el fin de la carrera de un dia, sino la entrada de una vida sin fin; es una especie de puerta eterna levantada en los confines de la eternidad. „Todos estos pueblos, dice Diodoro Sículo, como tienen á la duracion de vida por un tiempo muy corto y de poca importancia, atienden mucho á la larga memoria que deja la virtud, y por lo mismo llaman á las casas de los vivos posadas, por las cuales no se hace mas que pasar; pero dan el nombre de habitaciones eternas á los sepulcros de los muertos de donde no se sale. De este modo los reyes miraron con indiferencia las obras de sus palacios, y se esmeraron en construir sus sepulcros.”

Se querria actualmente que todos los monumentos tuviesen una utilidad fisica, y no se atiende á que hay para los pueblos una utilidad moral de un órden muy superior, á la cual atendian las leyes de los antiguos. Por ventura, ¿nada enseña la vista de un sepulcro? Si algo enseña, ¿por qué nos quejaremos de que un rey haya querido hacer perpetua la leccion? Los grandes edificios forman una parte esencial de toda sociedad humana. A no ser que queramos defender que es igual

para una nacion el dejar ó no dejar un nombre en la historia, no se puede declamar contra estos edificios que hacen que la memoria de los pueblos sobreviva á ellos mismos, y que sean contemporáneos de las generaciones que vienen á fijarse en estos campos abandonados. Y entónces, ¿qué importa el que estos edificios hayan sido anfiteatros ó sepulcros? Todos son sepulcros en un pueblo que ya no existe. Cuando el hombre ha pasado, los instantes de su vida son aun mas vanos que los de su muerte: su mausoleo es útil á lo ménos á sus cenizas; pero sus palacios, ¿conservan alguna cosa de sus placeres?

No hay duda en que si hablamos con rigor, una pequeña hoya nos basta á todos, y seis piés de tierra habrán de contentar al mayor hombre del mundo. Se puede adorar á Dios bajo un árbol, como en la magnífica iglesia de San Pedro: se puede vivir en una cabaña, cual en un palacio: el vicio de este razonamiento consiste en trasladar un órden de cosas á otro. Además de esto, un pueblo no es mas feliz cuando ignora las artes, que cuando deja brillantes testimonios de su talento. Ya nadie cree en aquellos pueblos de pastores que pasan inocentemente su vida vagando por las florestas, pues se sabe que aquellos tan cándidos zagalejos guerrean unos contra otros por robarse sus ganados. Sus grutas no están vestidas de frondosos pámpanos, ni adornadas con fragantes y hermosas flores, pues al contrario, en ellas ahoga el humo, y apesta el mal olor de agriada leche. Poética y filosóficamente

un pueblo medio salvaje puede gozar de todos los bienes; pero la inflexible historia lo sujeta á las calamidades de los demás hombres. Los que tanto declaman contra la fama, son precisamente los que mas la estiman. Pero yo, léjos de tener por un insensato al que hizo edificar la gran pirámide, le tengo por hombre de generoso y elevado ánimo. La idea de vencer al tiempo por medio de un sepulcro, y de obligar á las generaciones, á las costumbres, á las leyes, y á las varias edades, á venirse como á estrellar á los piés de una tumba, no puede salir de una alma vulgar. Si esto es orgullo, es el mayor y el mas noble orgullo. Una vanidad como la de la gran pirámide, que hace tres ó cuatro mil años que dura, podria en fin á fuerza de años ser contada por algo.

Pero estas pirámides me recordaron muy humildes monumentos que tambien eran sepulcros, y quiero hablar de aquellos edificios de céspedes que cubren las cenizas de los indios en las orillas del Ohio. Cuando los vi me hallaba en situacion muy diferente de cuando consideraba los mausoleos de los Faraones; entónces comenzaba mis viages, y ahora los concluia. En estas dos épocas de mi vida, el mundo se me ha presentado precisamente bajo la imágen de los dos desiertos donde he visto estas dos especies de sepulcros: soledades floridas, y áridos arenales.

Llegamos al Cairo, y esta ciudad á la que dominan la antigua fortaleza de Babilonia y el monte Mogattam, ofrece un aspecto bastante pintoresco por las

muchas palmeras, sicómoros y minaretos que se elevan en su recinto. Entramos por unos muladares y un arrabal destruido, donde los buitres devoraban los animales muertos, y nos fuimos á apear al barrio de los francos, que todas las noches se cierra cual si fuese un convento.

Un frances que desempeña el consulado de aquel pueblo, nos tomó bajo su amparo, dió parte al bajá de nuestra llegada, y nos proporcionó cinco mamelucos, tambien franceses, para que nos escoltasen. Estos mamelucos servian al bajá y eran del número de aquellos doscientos ó trescientos soldados nuestros que quedaron rezagados en Egipto, pero de los cuales habia perecido la mayor parte por seguir los diferentes partidos que oprimian el pais, y no haberse manifestado en buena union, como debian hacerlo por su propio interes.

Al otro dia de nuestra llegada al Cairo, que fué el 1.º de Noviembre, subimos al castillo para ver el pozo de José, la mezquita, y demas curiosidades que en él se hallan. En este castillo vivia el hijo del bajá, el cual tendria unos quince años. Le hallamos en un gabinete miserable y medio arruinado, echado sobre una alfombra, y rodeado de una docena de cortesanos ó esclavos que bajamente le adulaban. Jamas he visto cosa mas sucia. El padre de este muchacho apénas era dueño del Cairo, y no poseia ni el alto ni el bajo Egipto. Y este bárbaro era el amo que los infelices egipcios esperaban despues de tantas desgracias. Tambien se fabricaba en este castillo una moneda de